**El mayor descubrimiento**

“Y detrás de los mitos y las máscaras, el alma, que está sola”. Jorge Luis Borges: *El oro de los tigres*

En algún momento de su obra, comenta Jorge Luis Borges: “… a pesar de que la vida de un hombre se componga de miles y miles de momentos y días, esos muchos instantes y esos muchos días pueden ser reducidos a uno: el momento en que un hombre averigua quién es, cuando se ve cara a cara consigo mismo.” Quizá podría definirse al descubrimiento de nuestra vocación como ese más o menos remoto punto de partida cuando averiguamos realmente quienes somos.

Una vocación: acaso una manera de descubrir que, parafraseando a Borges, nuestra alma no está sola; que no estamos solos cuando, junto a nosotros mismos, logramos descubrimos qué estamos destinados a ser, qué amamos hacer y qué no podríamos nunca dejar de hacer. Una vocación que nos afirme en la tarea esencial a través de reconocer el mundo en nuestra conciencia.

A través de nuestra vocación nos relacionamos con nuestra más genuina libertad: la que habita en nuestra conciencia, permitiéndonos sentir, imaginar, creer; permitiéndonos ser libres para comprender y exteriorizar nuestras visiones e ideas, deseos y verdades, principios y creencias.

Nuestra vocación: una manera de responderle al mundo y al tiempo que nos rodean, un apoyo para identificar esos paisajes que precisamos distinguir a nuestro derredor y sobre los cuales proyectar eso que somos o creemos ser o anhelamos ser.

Nuestra vocación: un personal argumento de nuestra existencia que debería conducirnos al develamiento de la mayor de las interrogantes: ¿cuál es el sentido de nuestro tiempo? Acaso sea nuestra vocación la que nos posibilite responder de la manera más rotunda esa pregunta; y es que, a pesar de su inmensa importancia, ella no es una finalidad en sí misma. Es un medio. Un medio por el cual acceder al descubrimiento de ese tiempo que somos y estamos destinados a ser.

Con nuestra vocación damos fuerza a nuestros días. Los construimos de acuerdo a nuestros gustos y propósitos, ideales e intenciones; pero, también, con lo que el resultado de todo esto pudiera significar para todos aquellos con quienes nos comunicamos. En su libro, *Un filósofo en busca de sentido*, el filósofo y psiquiatra Víctor Frankl dice que la más humana manera de acercarse a la propia plenitud será a través de una vocación que nos permita hacer de nuestras creaciones, de nuestras aptitudes una manera de aportar algo a los otros, de comunicarles algo que pudiera llegar a beneficiarlos. Posible “utilidad” nuestra: acaso sea allí donde repose la más contundente respuesta a esa pregunta sobre el sentido de nuestro tiempo y de la manera como nuestra vocación pueda ayudarnos a descubrirlo.

Un sentido que tendrá todo que ver con eso que amamos hacer y con la moral individual que nos define y que, en tanto seres sociales, estamos obligados a compartir con otros; sentido relacionado con esa espiritualidad que, de nuevo, en tanto seres sociales, nos humaniza.

Sentirnos bien con lo que realizamos, con lo que amamos hacer; reconocer en nuestras habilidades, en nuestros propósitos y deseos un norte y un apoyo: tal es el punto de partida esencial para alcanzar la plenitud. Pero hay algo más: se trata de identificar esa plenitud personal con una ética del compartir, con una moral del encuentro con los otros. Así, el sentido de nuestra vocación tendrá todo que ver, pues, con esa espiritualidad que necesariamente nos acompaña a la hora de introducirnos en el mundo y de relacionarnos con él.

Y concluyo estás líneas con una frase del poeta Rafael Cadenas: “Estar sin ídolos, con la vida, siendo”. Aceptar que el sentido de nuestra vida no está en los afueras, ni en los ídolos cualquiera que éstos sean. Él reposa en nosotros mismos, en nuestras preguntas y respuestas, en esas verdades y revelaciones que nos llevan a descubrir que, esencialmente, de eso se trata: de estar en la vida, “con la vida, siendo”. Y en ese ser en la vida, estar en ella, acceder a esa revelación que mencionaba Borges: todos nuestros días, todos y cada uno de nuestros momentos, encarnados en ése en el que, tras habernos mirado y realmente comprendido, podemos dilucidar el sentido de nuestro tiempo, esa razón de ser que nos legitima y, de algún modo, justifica nuestra existencia.